

JULIA VIEJO

**En la celda había
una luciérnaga**
Relatos



A mi abuelo Paco y a mi abuela Pili, que me hacían reír.

Esta tierra llena de gentes que esperan el carnaval para ponerse unos bigotes postizos; esta tierra con fiestas de cumpleaños, con perros, con manzanas, con sueños, con lluvias, que traga muchachos y devuelve campanillas azules (...).

ANA MARÍA MATUTE, *Luciérnagas*

Índice

Prólogo: Una galleta que se llama como yo	7
Luciérnaga	13
El ayuno	16
La fantasma	21
El niño gilipollas	30
Bosques Hoy	31
Inventario	37
Pequeños aviones batiendo las alas	39
La siembra del rayo	43
Prendas	47
El menú del fin del mundo	50
El hombrecito	55
La lumbre	60
El gordo	63
Segurísimo	66
El balneario	72
Nuevo Mundo	77
Dos puntos, cierra paréntesis	81
Romance en el sótano de la parroquia	83
La Niña Mayor	87
Churros	92

Un sol en la frente	96
Historia Universal	103
Cherry Coke	113
Hay que matar a las comadreas	118
Los sobrinos del Capitán Grant	128
Hipermercado	132
Un dragón	139
Tradición oral	143
Una patata	148
Una chica	153
Idealista	155
Calderilla	156
La momia	160
La España vaciada	166
Agradecimientos	175

Prólogo

Una galleta que se llama como yo

El tanatorio de San Isidro es un lugar donde no hay cabida para muchas sorpresas. La flora de la entrada es muy típica, cipreses y nomeolvides, probablemente plantados por un genio de la jardinería, y dentro hay baldosas de mármol donde resuenan los zapatos de la gente viva. Todo brilla mucho y los sillones lucen un tapizado terso como si nunca se hubiera sentado nadie en ellos. Desde la cristalera del piso de arriba se ve toda la pradera de San Isidro, y si tienes la suerte de ir en el mes de mayo además verás tómbolas, castillos hinchables, coches de choque y una noria gigante (y bueno, quizás a alguna pareja restregándose contra la tapia). Supongo que hace tiempo que la muerte dejó de ser un velatorio de mimbre y persianas echadas. Lo que no cambia es que al entrar todos miramos el reloj, preparados para cronometrar el tiempo exacto que vamos a tener que aguantarnos el ataque de pánico.

Tal vez porque el tanatorio no es lugar para sorpresas me parece curioso contar que hace unos años, en una de mis visitas, después de una sesión de abrazos y pésames y risas (todo el mundo ríe mucho en los tanatorios, aunque parezca una frivolidad), me senté en la cafetería (todo el mundo come mucho en los tanatorios, aunque sea sin hambre), abrí la carta y de pronto leí:

Napolitana	2,25 €
Croissant	1,75 €
Julita	2,50 €

No voy a negar que me hizo ilusión ver escrito mi nombre, en su forma diminutiva además (que no muchas personas utilizan), en la carta de comidas de un tanatorio. Por supuesto, en un ataque de narcisismo, inmediatamente pedí la julita sin preguntar qué era. Ni que decir tiene que me sentí rarísima (animo aquí al lector o lectora a que haga la prueba de pedir un plato con su nombre en diminutivo: «¿Me trae un Pablito, por favor?» o «Tomaré un Jorgito, gracias»).

Después de un rato de nervios me trajeron la julita en un plato. Era una galleta pequeña estilo *cookie*, con trocitos de caramelos de colores. La julita, dispuesta sin ceremonia alguna en el centro del plato de Duralex, formaba un sencillo bodegón de desamparo. No sé si es que me sentí identificada con ella, pero verla ahí sola, con los trocitos de colores clavados por todas partes como metralla dulce, me conmovió de una manera extraña.

A posteriori muchas veces he buscado en Google «julita» como término de repostería y no he encontrado nada. ¿Quién inventó esa galleta? ¿Solo se sirve en esa cafetería? ¿O es que acaso lo soñé? Y si así fuera, ¿qué significa soñar con reencarnarte en una galletita de un tanatorio?

Desde entonces empecé a fijarme en que la vida gasta sus pequeñas bromas, incómodas e insólitas, en los peores momentos. Un tiempo después, me encontraba en la sala de espera del hospital donde estaba ingresado mi abuelo en una de las semanas más tristes de la historia de mi familia, cuando a primera hora de la mañana, medio aletargada, me arrastré hasta la máquina de café de la UCI para echarle algo de combustible al cuerpo y, de pronto, en una pequeña pantalla junto a la hilera

de botones, aparecí yo bailando. No era un reflejo, ni un espejismo, era yo misma bailando con una taza de café en la mano. Tardé unos segundos en recordar que un par de años antes había grabado ese anuncio de café para una agencia de publicidad y ahora estaba condenada a bailar hasta la eternidad en 720 megapíxeles en medio de un hospital de extrarradio mientras la gente se moría alrededor.

Lo cierto es que la vida siempre se me ha hecho más llevadera cuando he creado una narrativa con sus detalles, aunque solo fuera para animar, ya no un momento triste, sino un rato de aburrimiento. Una de las primeras veces que lo hice conscientemente fue con diez u once años, esa edad en la que ya estás en la cúspide de la cadena trófica de los niños (y no sabes que pronto volverás a caer a lo más bajo de la siguiente cadena, la de los adolescentes). Estaba en un parque con los hijos de unos amigos de mis padres, y el mayor y yo nos aliamos para engañar a su hermana pequeña, pronunciando un conjuro que le hizo creer que habíamos entrado a una dimensión nueva. Nada más decirlo, de pronto a lo lejos, en el hueco entre dos edificios, vimos pasar a un galgo. Era un galgo de tamaño monstruoso, y lo más sorprendente, iba sin dueño y sin correa, y durante unos pocos segundos caminó ante nuestros ojos con parsimonia, como una criatura mitológica en una ciudad arrasada. Incluso para mí, que me creía a punto de jubilarme de mi propia infancia, fue algo tan extraordinario que durante mucho tiempo me costó creer que ese prodigio de animal no fuera fruto de un viaje entre dimensiones de verdad, sino tan solo un figurante obediente saliendo en sus tiempos después del «acción», cerrando por todo lo alto mi improvisada película de fantasía.

Ahora, unos años después (no muchos ni tampoco pocos) ya no me conformo con quedarme para mí esos momentos insólitos, sino que los comparto por escrito y además me invento muchos más, tal vez con la intención de engañar durante un rato a

más personas, aunque ni ellas ni yo somos ya niñas ni estamos en lo alto de ninguna cadena trófica. Nuestros pensamientos se han corrompido a favor de una visión práctica, y tal vez por eso necesitamos los cuentos más que nunca, aunque a veces no acaben bien, o aunque simplemente no acaben, porque al menos los cuentos conservan una narrativa en la que la recompensa está en el camino, no en el fin. Aunque, por otro lado, y pido perdón por esta contradicción, en la mayoría hay que descubrir el final para darse cuenta de lo que ha pasado antes.

A veces escribir te obliga a acumular más preguntas que respuestas, hasta llegar a un punto en que ya no te caben en casa y necesitas donarlas a alguien, si es que alguien quiere quedarse con ellas. En junio de 2014 gané el primer certamen de relatos de mi vida, y en el acto de entrega de premios leyeron mi cuento en público. El texto terminaba con una frase en el aire en la que la protagonista, después de darle muchas vueltas a la sensación de que se había olvidado algo en casa, por fin se acordaba de lo que era. Al final del evento muchas personas se me acercaron para preguntarme con fervor qué era lo que se había olvidado, a lo que yo me encogía de hombros mientras pensaba: «Vamos a ver, señora, si se lo digo deja de existir el cuento». Supongo que, sin darme cuenta, ese día y esa conciencia de mi propio texto fueron el tímido inicio de mi carrera literaria, que coincidió además con que el día anterior se había muerto mi escritora favorita, a la que también le gustaban mucho las paradojas (hasta el punto de que en una ocasión pidió a los lectores que si alguna vez tropezaban con sus personajes o sus historias, por favor se las creyeran, porque se las había inventado). Una vez más, con esta coincidencia de momentos, la vida me gastaba una broma con bastante contenido literario para usar en los futuros prólogos de mis libros.

Pido perdón por esas preguntas arrojadas sin respuesta, pido perdón también por hablar de mí misma con tanta obscenidad,

ya que normalmente solo me gusta hacerlo a través de las ficciones (creo además que esa es la manera más genuina de conocer a una persona, mientras lleva puestos disfraces de otras cosas). Pido perdón si lo que escribo son tan solo desvaríos, juegos o anécdotas de alguien siempre en busca de una explicación de lo absurdo. Últimamente he descubierto que hay más personas a las que les interesa lo que cuento, y a las que, de hecho, les ha parecido buena idea publicar esto que ahora tienes en las manos. Hasta el momento solo unos pocos habían mostrado interés por ello, entre los que destacaba mi abuela, pero en una última broma del destino, mi abuela se fue en la misma semana de primavera en la que nació este libro.

Así que, después de la justificación que nadie había pedido, vuelvo a disculparme por esta obsesión narrativa, del mismo modo que pido perdón a mis plantas por no haberlas regado, con convicción y arrepentimiento, con el pelo sin lavar debido a no sé qué de un apocalipsis que nos tiene a todos encerrados como héroes de otro siglo, y así camino por la casa descalza y medio desnuda mientras murmuro en voz baja: «Lo siento. Me he equivocado. Volverá a ocurrir».

Madrid, primavera de 2020

Luciérnaga

En la celda había una luciérnaga. Era grande y lenta, una luciérnaga vieja, que no asustaba a nadie y menos a mí. A veces venía e iluminaba los muros y la cama, iluminaba el plato, el vaso y hasta mis huesos pegados por debajo de la piel. Y también iluminaba a Julián, tumbado boca arriba en la parte del jergón más pegada a la pared. Le gustaba escribir allí con el dedo y el polvo de los desconchones. Componía unas frases absurdas que solo se le ocurrían a él, y cuando terminaba se limpiaba la yema del dedo en la punta de mi nariz.

Sentía al respirar que el mar estaba cerca. Por las noches me parecía oír el estallido de las olas en el exterior de mis sueños, me revolvía junto a Julián y lo escuchábamos juntos. Era el único momento en el que el miedo de la celda ascendía como el aire caliente hasta el techo, y nosotros en el suelo, llenos de suciedad y paja, respirábamos tranquilos. Pero enseguida, al alba, volvíamos a oír los perros, los caballos y los gritos de los guardias que los hostigaban por el bosque en busca de más como nosotros. El miedo volvía y se instalaba en nuestros estómagos huecos para que nos alimentáramos de él.

«Ojalá nos maten», decía Julián. La primera vez que pronunció esa frase acababa de intentar tragarse los cristales rotos de un candil que alguien había olvidado dentro de la celda en

los primeros días. Se los saqué uno a uno de la boca y le hice prometer que nunca volvería a hacer nada semejante. Cicatricé sus heridas con mi propia saliva y con la suya. Fue un matrimonio líquido. Aquel día aprendimos a hacer el amor encima de la podredumbre y desde entonces era lo que nos mantenía vivos. Algunas veces lo hacíamos muy despacio para no gastar más energía de lo debido, tratando de estirar el tiempo que nos asfixiaba entre los muros, memorizando nuestros cuerpos en la semioscuridad solo alumbrada por la luciérnaga; otras veces era un acto reflejo más propio de un instinto primitivo que se apoderaba de nosotros para calmar el hambre o el frío.

Cuando Julián escribía, yo, apoyada contra la pared, cerraba los ojos y murmuraba unas palabras de agradecimiento a divinidades que me iba inventando. El dios de las heridas que brillan. La virgen de la cucaracha. Gracias por dejarnos conservar nuestras gargantas para comer y nuestras extremidades para abrazarnos; algo bueno tuvimos que hacer. Para mí sí era suficiente el estar vivos. A través de la piedra podía oír los gemidos de otros que no tenían tanta suerte y eran encerrados solos o en compañía de perros. Después mi mente se elevaba más allá de ellos y del bosque y veía las ciudades a las que una vez pertenecemos. Eran ciudades sin insectos luminosos, llenas de urgencia y hombres que respiraban ceniza y plomo, donde Julián y yo apenas éramos dos desconocidos. No eran mejores que la celda.

La luciérnaga se hizo notar por encima de mi cabeza. Quería atención y la posé en mi mano. Pesaba más que yo. Iluminó las líneas que circulaban por mi palma hasta las venas tibias de mis muñecas. Me acerqué a ella y detrás de mí se proyectó levemente la sombra de mi cara, como una moneda de luz. Julián, con los dedos tiznados de negro, inmortalizó deprisa la silueta sobre el muro. Entonces la luciérnaga parpadeó. Parecía un farol a punto de fundirse. Expulsé mi aliento árido sobre ella y

volvió a parpadear. La acuné un poco intentando arrojar algo más de vida a su cuerpo, pero sus patas habían dejado de moverse.

Mientras aún brillaba, me la llevé a la boca y apenas sin rozar los dientes, la tragué con cuidado. Julián siguió con los dedos su camino de luz desde mis labios, a través de mi garganta y mi esófago, hasta lo más profundo de mi vientre, donde quedó reposando tranquila, iluminando al niño que ya latía dentro.

El ayuno

Y venga a darle vueltas al conejo, como si al conejo hubiera que marearlo para que saliera bueno. La olla sabe, el fuego sabe, tú no sabes, me gustaría decirle a la Adela. Pero me muerdo la lengua porque total, yo no puedo comerlo. Me han castigado en un rincón como a una niña pequeña y ni agua me dan. A cada rato viene un hijo y me da un beso tonto, a veces con una palmada en la rodilla, a veces con un comentario sobre el tiempo, qué buen día se ha quedado, qué buena caza. Después tiran del brazo de las bisnietas, que llevan toda la mañana tirándose del pelo en el llano, y las arrastran hasta mí a regañadientes. Se me quedan mirando el ojo tuerto igual que a un oso en el monte; intento agarrarlas de las manos, pero no se dejan, dan pasitos para atrás y se tropiezan con las piedras. Yo me río de su sufrimiento y cuando nadie mira les digo en voz muy baja que les voy a arrancar las uñas para hacerme una poción.

Los vi salir al amanecer, con la luna en lo alto como una raja de chorizo. Se calzaron las botas, los chalecos, las varas y las escopetas, y no va el Toni y antes de salir abre el cajón y coge la boina de papá. Le chisté desde la cocina, adónde vas, te crees que no te he visto, mangante. Él pegó un bote porque no me esperaba y la volvió a dejar en su sitio. La cocina es os-

cura como el alma de los que vivimos en la casa, diría papá, por eso me escondo aquí y no enciendo la luz cuando me levanto por las noches, y provocho infartos a mis nietos. Ya nadie espera verme nunca, asumen que un día de estos se despertarán con el grito de la cuidadora, que me habrá encontrado en la cama tiesa como un figurín, y a llorar un poco, a repartir la herencia, a vender la casa y a otra cosa mariposa. Pienso en quién entrará aquí cuando la vendan, o mejor dicho, cuando la malvendan, porque mis hijos no tienen conciencia de lo que es esta casa, y eso que nacieron aquí, aquí mismo me salieron de entre las piernas los muy cabezones. Pero ya no queda nadie que se acuerde de eso porque todos los presentes se han muerto, y cuando me muera yo los momentos morirán conmigo: la sangre, los paños, los gritos de las criaturas, por no hablar de todo lo de antes, de cuando estábamos de novios papá y yo, y todavía teníamos nombres, cuando él no se llamaba papá y yo no me llamaba mamá, ni abuela, ni bisa, teníamos una hacendilla y no pasábamos hambre, la verdad. A veces huelo un mantel y me viene un recuerdo y entonces agarro la agenda de teléfonos y la abro por cualquier letra menos por la M (porque en la agenda solo está ocupada la letra M, donde papá apuntaba los nombres de todos: Mi Toni, Mi Lara, Mi Eloy); y anoto el recuerdo en una sola frase porque casi no veo y me tiembla mucho el pulso como para escribir más. La agenda la guardo debajo del colchón para que no me la quiten. Qué manía con llevárselo todo. El Toni especialmente, qué roñoso es, ese seguro que se desvive por cobrar cuanto antes su parte del pastel, a veces me gustaría que le atropellara un tractor y dejara de dar la tabarra, lo pienso en silencio, muy en lo profundo pero lo pienso, y no me siento culpable. La Adela se casó con él o bien por pena o bien por necesidad, supongo que sobre todo lo segundo, porque se desvive por contentarle a él, a sus padres y sobre todo a mí, pero la pobre no sabe ni guisar un conejo.

Todos comen. Vuelvo a mirar la olla y me ruge la barriga, porque el conejo estará mareado pero sigue siendo un conejo de aquí, y huele a nuestro barro y a nuestros perdigones, y yo en la silla de mimbre con la calceta entre las manos, como si eso me fuera a quitar el hambre. Una bisnieta se ha dejado el plato intacto, digo una porque no me acuerdo de cómo se llama, se sienta con las piernas colgando y balbucea no sé qué de pobre conejito, y le grito desde mi esquina que bien que se ha comido las chacinas del aperitivo y no ha pensado en el pobre cerdito. Toda la mesa se calla. La niña me sostiene la mirada, moja un mendrugo en la salsa y se lo mete en la boca, dejándosela llena de berretes. Mamá, tengamos la fiesta en paz, dice uno, pero a mí me divierte la gresca y hoy se me junta la vejez con el hambre. Replico algo fuera de lugar y el pelele de Toni se levanta de un golpe. Siempre tiene que dar golpes a todo, como si así compensara su falta de cerebro, como si a mí me asustara un vaso roto o una muesca en la madera de la mesa. Su mujer lo agarra del jersey y él me dice algo con ese tono autoritario de hombre de la casa que hace que se corte la tensión en el ambiente. Yo ese tono ya lo he oído tantas veces que me entra por un oído y me sale por el otro, pero aun así finjo que me calmo, que vuelvo a mi labor, hasta que todos retoman sus conversaciones y me levanto despacio, voy de aquí para allá con los tobillos hinchados, enredo por el jardín hasta que me vuelvo a hacer invisible.

Cuando llega el café las bisnietas ya están rodando por el suelo; los volantes de sus faldas se revuelven por debajo del hule, de vez en cuando asoman las manos y agarran un mantecado o un rosco, las sinvergüenzas, y yo aquí sin comer. Me retiro al patio de atrás para no verlas y me dedico a meter los dedos entre la calceta para ensancharla; me ha quedado muy pequeña porque tomo las medidas a ojo, con el único que me queda, y claro, no es lo mismo que antes. De cualquier forma ya nada es

lo mismo, han cambiado los baños y la pintura de la pared, han barnizado las vigas para que no se escuche el ras ras. Toda la vida escuchándolo y nunca supe lo que era el ras ras hasta que un señor me dijo que teníamos carcomas, acabó con ellas y esa noche la casa se quedó en silencio total. Qué miedo, oye, qué desasosiego, como diría papá. Desde ese momento pienso más en la muerte, así que por mí que vuelvan a ponerlas, porque con este silencio no puedo dormir. Lo único que no ha cambiado de la casa son las baldosas del patio de atrás; me agarro a sus grietas como a mi vida, por eso me vengo a la silla de aquí. Tengo sillas de mimbre regadas por toda la casa, y nadie las mueve un milímetro, ni siquiera el perro, que como mucho se acerca, las huele y se tumba enfrente en una gomaespuma que me regaló un gitano hace mil años. El perro es más viejo que la casa, cojea y no ladra nunca, ni siquiera a mis bisnietas, que lo persiguen por la cocina hasta arriba de platos y ollas sucias, le tiran de la cola por debajo de los muebles y le lanzan restos del conejo a la cabeza. El perro ha comido hoy más que yo. El perro no tiene que hacer no sé cuántas horas de ayuno para que le operen de nada, el perro se morirá cuando se tenga que morir y ya está.

Las bisnietas se me acercan a la silla de mimbre. Ya las distingo mejor porque una de ellas es más brava, quiere ver mi ojo tuerto de cerca. Me hago la traspuesta y alargó el brazo para tocarme la cara; entonces yo hago como que me despierto y gruño, y salen corriendo para dentro, se parten de risa, parece que se ahogan, salen, entran, y tengo que repetir el numerito doce veces, cada vez con más carcajadas. En una de estas la más tímida saca algo de la cocina y me lo acerca: es el plato de conejo que no se ha comido. Me lo deja en las rodillas con la cuchara puesta y me empuja la mano para que coma, con el mismo gestito que hace a sus muñecas cuando toman el té sentadas en círculo. El conejo está seco y frío pero huele como un

espectáculo, y yo, que tengo que ayunar hasta mañana, que tengo que tomarme la medicina del preoperatorio, que llevo trece meses en lista de espera, agarro la cuchara y me lo como, me acabo la olla y rebaño con pan, sin dejar de poner cara de bruja mala, para que mis bisnietas me recuerden así.